

*George Steiner*

**Errata**

El examen de una vida

Traducción del inglés de  
Catalina Martínez Muñoz

El Ojo del Tiempo Ediciones Siruela

*Para Alexis y Monique Philonenko*

## Uno

La lluvia, especialmente para un niño, trae consigo aromas y colores inconfundibles. Las lluvias de verano en el Tirol son incesantes. Poseen una insistencia taciturna, flagelante, y llegan en tonos de verde oscuro cada vez más intensos. De noche, su tamborileo es como un ir y venir de ratones en el tejado. Hasta la luz del día puede llegar a empaparse de lluvia. Pero es el olor lo que permanece conmigo desde hace sesenta años. A cuero mojado y a juego interrumpido. O, por momentos, a tuberías humeantes bajo el barro encharcado. Un mundo convertido en col hervida.

El verano era de por sí siniestro. Unas vacaciones familiares en el oscuro aunque mágico paisaje de un país condenado. En aquellos años de mediados de la década de los treinta, el odio a los judíos y el deseo de reunificación con Alemania flotaban en el ambiente austríaco. La conversación entre mi padre, convencido de la inminencia de la catástrofe, y mi tío gentil, aún moderadamente optimista, no resultaba fácil. Mi madre y su hermana, que sufría frecuentes ataques de histeria, intentaban crear un clima de normalidad. Pero los planes para pasar el tiempo –nadar y remar en el lago, pasear por los bosques y las montañas– terminaban disolviéndose en el perpetuo aguacero. Mi impaciencia, mis exigencias de diversión en un cavernoso chalet cada vez más frío y, supongo, húmedo debían

de ser un fastidio. Una mañana, tío Rudi fue en coche hasta Salzburgo. Trajo consigo un librito con las tapas de color azul.

Era una guía ilustrada de los escudos de armas de la ciudad principesca y de los feudos circundantes. Todos los blasones aparecían reproducidos en color, junto a una breve nota histórica sobre el castillo, el señorío, el arzobispado o la abadía correspondientes. El pequeño manual concluía con un mapa que señalaba los lugares de interés, incluidas las ruinas, y un glosario de términos heráldicos.

Aún recuerdo el asombro, la conmoción interior que este fortuito calmante produjo en mí. Lo que resulta difícil expresar en el lenguaje adulto es la combinación, casi la fusión de placer y de amenaza, de fascinación y de inquietud que sentí cuando me retiré a mi habitación, mientras las tuberías escupían bajo los aleros azotados por la lluvia, y permanecí allí varias horas como hechizado, pasando las páginas, aprendiendo de memoria los nombres de aquellos torreones e importantes personajes.

Aunque, claro está, entonces no podía definirlo o expresarlo de ninguna manera, aquel manual de heráldica me abrumó al revelarme la innumerable especificidad, la minuciosidad, la amplísima diversidad de las sustancias y las formas del mundo. Cada escudo de armas era diferente de todos los demás. Cada cual tenía su organización simbólica, su lema, su historia, localidad y fecha absolutamente propios, íntegramente suyos. Presagiaba una verdad única y definitiva. Cada uno de los elementos gráficos, cada uno de los colores y dibujos de sus cuarteles encerraba su propio y pródigo significado. En heráldica, es frecuente insertar unos escudos dentro de otros. Este recurso se designa en francés con el sugerente término de *mise en abyme*. Entre mis tesoros figuraba una lupa. Estudiaba detenidamente los detalles geométricos, las formas de «animales», los losanges, rombos y barras diagonales de cada emblema; los yelmos de los timbres y las coronas de los soportes que flanqueaban las diversas armas; el número exacto de orlas que honraban el blasón de un obispo, de un arzobispo o de un cardenal.

La idea que me sobrecogió, que se apoderó de mí por

completo y me mantuvo hipnotizado fue ésta: si hay en esta oscura provincia de un pequeño país (una Austria en declive) tantos escudos de armas, todos ellos únicos, ¿cuántos habrá en Europa, en el mundo entero? No recuerdo cuál era mi percepción, si es que tenía alguna, de los grandes números. Pero recuerdo que me vino a la cabeza la palabra «millones» y me quedé desconcertado. ¿Cómo podía un ser humano percibir, dominar semejante pluralidad? De pronto, en un momento de exultante aunque horrorizada revelación, se me ocurrió que ningún inventario, ninguna enciclopedia heráldica, ninguna *summa* de animales fabulosos, inscripciones, sellos de caballerías, por exhaustivos que fuesen, podrían ser *completos*. El oscuro estremecimiento, la desolación que se apoderó de mí en aquella habitación mal iluminada de finales del verano en el Wolfgangsee –¿fue, remotamente, sexual?– ha orientado en buena parte mi vida.

Crecí poseído por la intuición de lo particular, de una diversidad tan numerosa que ningún trabajo de clasificación y enumeración podría agotar. Cada hoja difería de todas las demás en cada árbol (salí corriendo en pleno diluvio para cerciorarme de tan elemental y milagrosa verdad). Cada brizna de hierba, cada guijarro en la orilla del lago eran, para siempre, «exactamente así». Ninguna medición repetida, hasta la calibrada con mayor precisión y realizada en un vacío controlado, podría ser exactamente la misma. Acabaría desviándose por una trillonésima de pulgada, por un nanosegundo, por el grosor de un pelo –rebosante de inmensidad en sí mismo–, de cualquier medición anterior. Me senté en la cama intentando controlar mi respiración, consciente de que la siguiente exhalación señalaría un nuevo comienzo, de que la inhalación anterior era ya irrecuperable en su secuencia diferencial. ¿Intuí que no podía existir un facsímil perfecto de nada, que la misma palabra, pronunciada dos veces, incluso repetida a la velocidad del rayo, no era ni podía ser la misma? (mucho más tarde aprendería que esta ausencia de repetición había preocupado tanto a Heráclito como a Kierkegaard).

A esa hora, durante los días que siguieron, la totalidad de experiencias personales, de contactos humanos, de paisaje a mi alrededor se transformaba en un mosaico en el que cada uno de sus fragmentos era a un tiempo luminoso y resistente en su «quiddidad» (término escolástico que designa la presencia integral revivida por Gerard Manley Hopkins). No podía haber, estaba seguro, finitud en las gotas de lluvia, en el número y la diversidad de los astros, en los libros por leer y las lenguas por aprender. El mosaico de lo posible podía estallar en cualquier momento y reorganizarse para formar nuevas imágenes y cambios de significado. El lenguaje de la heráldica, aquellos «gules» y aquellas «barras siniestradas», aunque entonces no lo entendía, debía de ser, pues así lo sentía, tan sólo uno entre los innumerables sistemas de discurso específicamente creados a medida de la hormigueante diversidad de propósitos, artefactos, representaciones u ocultamientos humanos (aún recuerdo la extraña excitación que sentí ante la idea de que un escudo de armas podía ocultar tanto como revelaba).

Comencé, como muchos niños, a elaborar listas. De monarcas y de héroes mitológicos, de papas, de castillos, de fechas destacadas, de óperas (me habían llevado a ver *Fígaro* en el Festival de Salzburgo). La cansina insistencia de mis padres en el hecho de que tales listas ya existían y que podían consultarse en cualquier catálogo u obra de referencia no me proporcionaba consuelo alguno. (Mis preguntas sobre los anti-papas y cómo incluirlos en ellas irritaban visiblemente a mi gentil y algo ceremonioso tío.) Los índices disponibles, aunque tuvieran mil páginas, los atlas, las enciclopedias infantiles, nunca podrían ser exhaustivos. Este o aquel dato, acaso la clave oculta del edificio, podría haberse omitido. Había sencillamente demasiado sobre cualquier cosa. La existencia se imponía y tarareaba con obstinada diferencia como polillas en torno a la luz. «¿Quién puede contar las nubes con exactitud? ¿Quién vacía los odres de los cielos?» (¿Cómo podía tener conocimiento el autor de Job 38, 37 de las lluvias en Salzkammergut?) Puede

que no llegase a recitar para mis adentros este versículo en aquel agosto lluvioso, aunque el Antiguo Testamento fuera ya una voz tutelar; pero yo sabía de aquellos odres.

Si bien es cierto que la revelación de la «unicidad» inconmensurable me tenía fascinado, también me atemorizaba. Regresaba a la *mise en abyme* de un blasón dentro de otro, a esa «puesta en abismo». Imaginaba una insondable profundidad de diferenciación, de no identidad, constantemente amenazada por la eventualidad del caos. ¿Cómo podían los sentidos, cómo podía el cerebro imponer orden y coherencia en el caleidoscopio, en el *perpetuum mobile* del enjambre de la existencia? Tuve vagas pesadillas sobre el hecho, revelado en la sección de ciencias naturales de algún periódico, de que un pequeño rincón de la selva amazónica estaba habitado por 30.000 especies de escarabajos rigurosamente distintas. Observar y copiar con acuarelas los escudos señoriales, episcopales o civiles, examinar las infinitas variaciones de las formas y de los motivos icónicos me producían un temor especial. El detalle podía no tener fin.

Semejante infinitud produce una especie de náusea. La sensibilidad clásica griega se acobardaba ante los números irracionales y lo inconmensurable. Mi reacción adolescente fue diseñar un escudo de armas, tabardo y estandartes para Sixtus von Falkenhorst, prelado imaginario, belicoso y sensual, instalado en su castillo encaramado sobre una aguilera de montaña casi inaccesible, cuya torre central albergaba la lista de todas las listas, la *summa summarum* de todo lo que es. Este aterrador hechizo tuvo sus consecuencias.

Siempre he desconfiado de la teoría a la hora de resolver mis asuntos emocionales, intelectuales y profesionales. En la medida de mis posibilidades, encuentro sentido al concepto de *teoría* en las ciencias exactas y, hasta cierto punto, en las ciencias aplicadas. Estas construcciones teóricas precisan, para su verificación o refutación, de experimentos cruciales. Si son refutadas, serán sustituidas por otras. Pueden formalizarse lógicamente o matemáticamente. La invocación de la *teoría* en el terreno

de las humanidades, en la historia y en los estudios sociales, en la evaluación de la literatura y las artes, me parece mendaz. Las humanidades no son susceptibles ni de experimentos cruciales ni de verificación (salvo en un plano material, documental). Nuestras respuestas a ellas son pura intuición. En la dinámica de la semántica, en el flujo de lo significativo, en la libre interacción de interpretaciones, las únicas proposiciones son una opción personal, de gusto, de remota afinidad o de sordera. No cabe la refutación en sentido teórico. Coleridge no refuta a Samuel Johnson; Picasso no se acerca a Rafael. En las humanidades, la teoría no es más que intuición que se vuelve impaciente.

Mi convencimiento de que el actual triunfo de lo teórico en el discurso literario, histórico o sociológico es mero autoengaño, de que revela una actitud de cobardía frente al prestigio de las ciencias, tiene su origen en esos escudos de armas irreduciblemente individuales que perturbaron mi vida aquel verano de 1936. Más tarde supe que hay ciertas reglas formales y convenciones exactas que subyacen al código, a los cuarteles heráldicos, que existen figuraciones y alegorías sistemáticas. Si así se desea, es posible hacer una lectura «teórica» del significado de los blasones. Para mí, sin embargo, este esquema abstracto no es capaz de alterar o transmitir la fuerza motriz de la individuación. No es capaz de sustanciar la circunstancia existencial –temporal, familiar, psicológica– del *dramatis persona* que portaba ese escudo. Como tampoco dos leones rampantes rugen la misma saga. Poseído por la «santidad de lo minúsculo particular» a la que se refería Blake, por el vertiginoso conocimiento de que en ajedrez, tras los cinco movimientos iniciales, hay más posibilidades que átomos en el universo, me he quedado al margen del actual rumbo dominante hacia la teoría. Los juegos deconstruccionistas o posmodernos, la imposición de modelos metamatemáticos en el estudio de la historia y de la sociedad (teniendo en cuenta lo pretenciosamente ingenuas que a menudo son las matemáticas) condicionan en gran medida el clima en el que se desarrollan los trabajos académico-



críticos. Los teóricos en el poder consideran mi propia obra, si es que la consideran de algún modo, como impresionismo arcaico. Como heráldica.

Pero el arte y la poesía siempre darán a los universales «una morada y un nombre». Han transformado lo particular, incluso lo minúsculo, en inviolable. En ningún lugar se manifiesta esto con mayor claridad que en el canto IV de *El rizo robado*, de Pope:

*A constant Vapour o'er the palace flies;  
Strange phantoms rising as the mists arise;  
Dreadful, as hermit's dreams in haunted shades,  
Or bright, as visions of expiring maids.  
Now glaring fiends, and snakes on rolling spires,  
Pale spectres, gaping tombs, and purple fires:  
Now lakes of liquid gold, Elysian scenes,  
And crystal domes, and Angels in machines.*

*Unnumber'd throngs on ev'ry side are seen,  
Of bodies chang'd to various forms of Spleen.  
Here living Tea-pots stand, one arm held out,  
One bent; the handle this, and that the spout:  
A Pipkin there, like Homer's Tripod walks;  
Here sighs a Jar, and there a Goose-pye talks;  
Men prove with child, as pow'rful fancy works,  
And maids turn'd bottles, call aloud for corks.*

[Un constante Vapor sobre el palacio flota;  
Extraños fantasmas se alzan entre las brumas;  
Terribles, como sueños de eremitas en cuevas encantadas,  
Claros como visiones de doncellas que expiran.  
Ahora enemigos fieros, serpientes en torcidas espirales,  
Espectros demacrados, tumbas abiertas y purpúreas llamas:  
Ahora lagos de oro líquido, escenas elíseas,  
Cúpulas de cristal y ángeles dentro de máquinas.

Inmensas multitudes se ven por todas partes,

De cuerpos transformados en cóleras diversas.  
Aquí teteras vivas con un brazo extendido,  
El otro recogido; el asa éste y aquél el pitorro:  
Allí un puchero avanza, cual trípode de Homero;  
Aquí suspira un jarro, y allá una urraca habla;  
Los hombres paren hijos, en portentosa hazaña,  
Y las jóvenes, convertidas en botellas, piden a gritos un corcho.]

Los dos últimos versos exigen, sin lugar a dudas, una interpretación psicoanalítica. Pero qué ínfima cantidad de su magia surrealista puede teorizar semejante interpretación. La subversiva ironía de Pope puede, ciertamente, molerse en el molino deconstructivo. Triturada hasta quedar convertida en polvo teórico, ¿qué queda de su encanto de pesadilla? La glosa más penetrante sobre este pasaje es la ilustración de Beardsley, en la cual, si no Dios, el diablo aparece con todo detalle. Pregunten a cualquier niño si esa «tetera viva» es susceptible de deconstrucción, si la teoría puede detener al puchero andante.